Richard Osman

El Club del Crimen de los Jueves

Traducción de Claudia Conde

ESPASA

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *The Thursday Murder Club*

© 2020, Richard Osman
© 2020, Traducción, Claudia Conde

© 2020, Espasa Libros, S. L. U.- Barcelona, España

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial ESPASA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: septiembre de 2020
ISBN: 978-84-670-6022-5

Primera edición en formato epub en México: enero de 2021
ISBN: 978-607-07-7281-8

Primera edición impresa en México: enero de 2021
ISBN: 978-607-07-7274-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso en México –*Printed in Mexico*

1

Joyce

Empecemos por Elizabeth, ¿de acuerdo? A ver adónde nos lleva.

Yo sabía quién era, por supuesto; aquí todo el mundo la conoce. Vive en uno de los departamentos de Larkin Court, el de la esquina, me parece, el que tiene terraza. También había coincidido una vez en un equipo de Trivial con Stephen, que, por una serie de razones, es su tercer marido.

Fue a la hora de la comida, hace dos o tres meses. Debió de ser un lunes, porque había pastel de carne y papas. Elizabeth me dijo que ya veía que estaba comiendo, pero que, si no tenía inconveniente, quería hacerme una pregunta sobre heridas de arma blanca.

Le dije «No, no tengo ningún inconveniente, faltaría más», o algo similar. No siempre lo recuerdo todo con exactitud, más vale que se los diga ahora. Entonces abrió una carpeta de cartón y dejó al descubierto unas cuantas páginas mecanografiadas y los bordes de unas fotografías que me parecieron antiguas. Fue directamente al grano.

Me pidió que imaginara a una chica que había sido apuñalada. Le pregunté con qué tipo de arma la habían herido y respondió que probablemente con un cuchillo de cocina. De la marca John Lewis. No lo dijo, pero fue lo que imaginé. Entonces me pidió que supusiera que la chica había sido apuñalada tres o cuatro veces, justo debajo del esternón. Pim, pam, pim, pam.

Todo muy feo, pero sin seccionar ninguna arteria. Hablaba en voz baja y sin grandes aspavientos, porque la gente estaba comiendo y ella sabe comportarse.

De repente, mientras yo imaginaba las heridas, me preguntó cuánto tardaría la chica en morir desangrada.

Por cierto, se me ha olvidado mencionar que fui enfermera durante muchos años. Sin esa información, me doy cuenta de que nada de esto tendría mucho sentido para ustedes. Elizabeth debió de enterarse de alguna manera, porque ella siempre lo sabe todo. Por eso me estaba haciendo esas preguntas. Supongo que, si no se los hubiera dicho, no entenderían muy bien a qué venían. Pero les prometo que pronto le hallaré el truco para escribir sobre estas cosas.

Recuerdo que me llevé la mano a la barbilla y me di un par de golpecitos en los labios con los dedos antes de responder, como hacen a veces en televisión los entrevistados. Es un gesto de persona lista. Pruébenlo y verán. Entonces le pregunté cuánto pesaba la chica.

Elizabeth encontró el dato en la carpeta, lo señaló con el dedo y lo leyó en voz alta: cuarenta y seis kilos. Las dos nos quedamos igual que antes, porque no sabemos nada de kilos ni de centímetros. A nosotras, que somos británicas, nos tienen que hablar en libras y en pulgadas. Por un momento pensé que serían veintitrés libras, porque me sonaba algo de que una cosa era el doble de la otra, pero enseguida caí en cuenta de que no podía ser. Sólo una niña pesaría veintitrés libras.

Elizabeth confirmó mi impresión, porque tenía una fotografía del cadáver en la carpeta y vimos que no era el de una niña. Mientras yo miraba la carpeta, ella se dio vuelta para dirigirse al resto de la sala:

—¿Puede preguntarle alguien a Bernard cuánto son cuarenta y seis kilos?

Bernard siempre se sienta solo, en una de las mesas más

pequeñas, junto al patio. La mesa ocho. No hace falta que sepan nada de Bernard, pero quiero hablarles un poco de él.

Bernard Cottle fue muy amable conmigo cuando llegué a Coopers Chase. Me regaló un brote de clemátide y me explicó el calendario de la recolección de residuos. Aquí tienen cuatro contenedores de colores diferentes. ¡Cuatro! Gracias a Bernard, sé que el verde es para el vidrio y el azul para el papel y el cartón. En cuanto al negro y el rojo, sigo sin saber muy bien para qué sirven. He visto de todo. Una vez vi a una persona metiendo un aparato de fax en uno de esos contenedores.

Se ve que Bernard ha sido profesor de una asignatura de ciencias y ha trabajado en diferentes lugares del mundo, incluso en Dubái, antes de que nadie supiera que existía. Como era de esperar, se había puesto traje y corbata para comer, aunque estaba leyendo el *Daily Express*. En la mesa contigua estaba Mary, la de Ruskin Court, que le llamó la atención y le preguntó cuánto eran cuarenta y seis kilos en una unidad que pudiéramos entender todos.

Bernard hizo un gesto afirmativo y volteó hacia Elizabeth.

—Algo más de cien libras.

Para que vean cómo es Bernard.

Elizabeth se lo agradeció, confirmando que le parecía verosímil, y Bernard volvió a su crucigrama. Más adelante consulté lo del doble y comprobé que no iba muy desencaminada, sólo que la libra es más o menos el doble del kilo y no al revés.

Entonces Elizabeth volvió a formular su pregunta. ¿Cuánto tiempo tardaría en morir la chica apuñalada con el cuchillo de cocina? Dije lo que pensaba: unos tres cuartos de hora, más o menos, si no recibía atención médica.

—Ya veo, Joyce —dijo, y enseguida me hizo otra pregunta.

¿Y si la chica recibiera algún tipo de asistencia? No de un médico, sino de alguien capaz de salir del paso, quizá una persona que hubiera sido militar o algo así.

En mis tiempos vi unas cuantas heridas de arma blanca. Vendar tobillos con esguinces no era lo único que hacía en mi trabajo. Así que le dije que en ese caso no moriría. Porque así es. La pobre lo pasaría mal, pero no sería difícil hacerle una curación para salvarla.

Elizabeth asintió y dijo que eso precisamente le había dicho a Ibrahim, aunque yo en ese momento todavía no sabía quién era Ibrahim. Ya he mencionado más arriba que fue hace un par de meses.

Había algo que no encajaba, y Elizabeth estaba convencida de que el asesino había sido el novio. Ya sé que es lo más habitual. Lo vemos a diario en la prensa.

Creo que, antes de mudarme a la comunidad de jubilados de Coopers Chase, la conversación me habría parecido extraña, pero es el pan nuestro de cada día cuando te familiarizas con la gente de aquí. La semana pasada conocí al hombre que inventó el helado con laminitas de chocolate, o al menos eso dice él. No tengo forma de comprobar que sea verdad.

Me alegré de haber ayudado a Elizabeth en la humilde medida de mi capacidad, de modo que me decidí a pedirle un favor. Le pregunté si había alguna posibilidad de que me enseñara la fotografía del cadáver. Solamente por interés profesional.

Ella sonrió de la misma manera que suele sonreír por aquí la gente cuando le pides que te enseñe fotos de la graduación de sus nietos. Extrajo de la carpeta una fotocopia en formato A4, la depositó boca abajo delante de mí y me dijo que podía quedármela, ya que todos ellos disponían de copias.

Le di las gracias y Elizabeth respondió que no había nada que agradecer, pero añadió que le gustaría hacerme una pregunta más.

—Por supuesto —acepté.

Fue entonces cuando me lo propuso:

—¿Estás libre los jueves?

Ésa, por increíble que parezca, fue la primera vez que oí hablar del Club del Crimen de los Jueves.

2

A la oficial Donna de Freitas le gustaría ir armada, perseguir asesinos en serie en naves industriales abandonadas y cumplir con su deber hasta el final, pese a tener en el hombro una herida abierta de bala. Eso, y también desarrollar cierta afición al whisky y tener una aventura con su pareja de profesión.

Pero de momento, con veintiséis años, sentada a la mesa del almuerzo al cuarto para las doce de la mañana con cuatro jubilados a los que acaba de conocer, se da cuenta de que todavía tendrá que trabajar mucho para llegar hasta ahí. De todos modos, debe reconocer que la última hora y media ha sido bastante divertida.

Ya ha dado muchas veces la charla «Consejos prácticos para la seguridad en el hogar», y también en esta ocasión el ambiente ha sido el habitual: gente mayor con mantas sobre las rodillas, una mesa con galletas gratis para todos y varios asistentes felizmente dormidos en la última fila. Siempre ofrece los mismos consejos. Habla de la absoluta y primordial importancia de que las ventanas queden bien cerradas, de comprobar la identificación de las personas que pretenden entrar en casa y de no revelar nunca datos personales. Se supone que ella debe ser, por encima de todo, una presencia tranquilizadora en un mundo aterrador. Donna lo sabe, y también

sabe que esas charlas son una manera de salir de la comisaría y librarse del papeleo. Por eso se ofrece como voluntaria. La comisaría de Fairhaven es más aburrida de lo que esperaba.

Pero esta vez le ha tocado la comunidad de jubilados de Coopers Chase. Al principio le había parecido un lugar más bien inocuo: verde, tranquilo y sin preocupaciones. Además, en el camino de ida se había fijado en un restaurante con buen aspecto, donde probablemente podría comer cuando terminara. Por eso, su plan de atrapar asesinos en serie a bordo de lanchas motoras e inmovilizarlos con sus propias manos tendría que esperar.

—Seguridad —había empezado Donna, aunque en realidad estaba pensando en hacerse un tatuaje. ¿Un delfín en la base de la columna? ¿O algo más original? ¿Le dolería? Probablemente sí, pero ¿acaso no era una agente de policía?—. ¿Qué entendemos cuando hablamos de «seguridad»? La palabra significa cosas diferentes para cada...

En ese momento, alguien levantó la mano en la primera fila. No era lo más habitual, pero había que responder a las dudas del público. Una octogenaria vestida con sus mejores galas tenía algo que decir.

—Creo que a ninguno de nosotros le interesa oír otra charla más sobre cerrojos en las ventanas.

La mujer miró a su alrededor y el resto de los presentes reaccionó con un murmullo de aprobación.

El siguiente en hablar fue un caballero de la segunda fila, con las manos apoyadas en una andadera.

—Tampoco queremos oír otra vez lo de las identificaciones: «¿Es usted un empleado de la compañía del gas o un ladrón?». Ya lo hemos entendido, gracias.

Pareció entonces como si se levantara la prohibición y todos empezaron a hablar al mismo tiempo.

—Ya no es «la compañía del gas». Ahora se llama Centrica —puntualizó un hombre que lucía un elegante traje con chaleco.

El anciano sentado a su lado, en pantalones cortos, chanclas y camiseta del West Ham United, aprovechó la oportunidad para ponerse de pie y dirigir un dedo acusador hacia ningún sitio en particular.

—Es por culpa de la Thatcher, Ibrahim. Antes la compañía del gas era nuestra.

—Siéntate, Ron —dijo la octogenaria—. Tendrá que disculpar a Ron —añadió mirando a Donna.

Los comentarios seguían lloviendo.

—¿Acaso un delincuente no sería capaz de falsificar una identificación?

—Yo tengo cataratas. Si me enseñan la credencial de la biblioteca, los dejo pasar.

—Ahora ni siquiera tienen que entrar para hacer la lectura. Está todo en internet.

—Está en la nube.

—Yo le abriría la puerta con mucho gusto a cualquier ladrón. Así, al menos, vendría alguien a visitarme.

Hubo una brevísima pausa y se oyó una cacofonía de silbidos, mientras algunos audífonos se encendían y otros se apagaban. La mujer de la primera fila volvió a tomar la palabra.

—Así que... Por cierto, me llamo Elizabeth... No queremos oír hablar de ventanas bloqueadas, ni de identificaciones, ni tampoco de la necesidad de no revelar contraseñas a los nigerianos que nos llamen por teléfono..., sin ánimo de ofender a ningún nigeriano.

Donna de Freitas había tenido que resituarse. Ya no pensaba en comer en aquel restaurante, ni en los tatuajes

que quizá se haría, sino en el entrenamiento antidisturbios recibido cuando trabajaba en el sur de Londres.

—Bueno, ¿de qué quieren que hablemos entonces? —preguntó—. La charla tiene que durar por lo menos cuarenta y cinco minutos, o de lo contrario no puedo contabilizarlo como horario de trabajo.

—¿Del sexismo institucional en las fuerzas policiales? —propuso Elizabeth.

—A mí me gustaría hablar de la ejecución ilegal de Mark Duggan, blanqueada por el Estado y...

—¡Siéntate, Ron!

Y así se había desarrollado la mañana, en animada conversación, hasta que se cumplió la hora y entonces todos le dieron las gracias calurosamente a Donna, le enseñaron fotos de sus nietos y la invitaron a quedarse a comer.

Por eso ahora está aquí, picoteando la ensalada en el «exclusivo restaurante de cocina contemporánea», según la descripción que encabeza la carta. Cuarto para las doce es un poco temprano para comer, pero habría sido descortés rechazar la invitación. Observa que sus cuatro anfitriones no sólo están dando buena cuenta de su menú completo de dos platos y postre, sino que han abierto una botella de vino tinto.

—Ha sido fantástico, Donna —le dice Elizabeth—. Nos ha encantado.

Elizabeth le recuerda a Donna a una de aquellas profesoras que la aterrorizaban durante todo el curso, pero que al final le ponían un sobresaliente y lloraban cuando se acababan las clases. Debe de ser por el saco de *tweed*.

—Una charla deslumbrante, Donna —la felicita Ron—. ¿No te importa que te llame Donna, corazón?

—Puede llamarme Donna, pero quizá sería mejor que no me llamara «corazón».

—Tienes razón, linda —conviene Ron—. Lo tendré en cuenta. Eso que has contado del ucraniano con el boleto del estacionamiento y la motosierra... Si dieras conferencias, te harías de dinero. Puedo darte el teléfono de una persona que las organiza, si te interesa.

«La ensalada está deliciosa», piensa Donna, y no es algo que piense a menudo.

—Creo que yo habría sido un buen traficante de heroína —comenta Ibrahim, el mismo que antes se había referido a la privatización de la compañía del gas—. Es todo cuestión de logística, ¿no? También está el tema de pesar la droga, que me habría encantado, porque me gusta mucho la precisión. ¡Y las máquinas de contar dinero! Esa gente dispone de todos los aparatos. ¿Has detenido alguna vez a un traficante de heroína, agente De Freitas?

—No —reconoce Donna—, pero espero hacerlo algún día.

—¿Es cierto que tienen máquinas para contar dinero? —pregunta Ibrahim.

—Sí, es cierto —responde Donna.

—Fantástico —dice Ibrahim antes de beberse el vino de un trago.

—Nos aburrimos fácilmente —añade Elizabeth tras echarse también adentro el contenido de su copa—. Dios nos libre de los cerrojos de las ventanas, ¿verdad, agente femenina De Freitas?

—Ya no decimos «agente femenina». Solamente «agente» —le explica Donna.

—Entiendo —contesta Elizabeth con expresión pensativa—. ¿Y qué pasará si yo sigo diciendo «agente femenina»? ¿Vendrán a arrestarme?

—No, pero ya no me caerá usted tan bien —replica Donna—. Porque llamarme solamente «agente» es muy sencillo y, además, es más respetuoso.

—¡Maldición! ¡Una respuesta perfecta! —exclama Elizabeth riendo—. De acuerdo.

—Gracias —dice Donna.

—¿A que no adivinas mi edad? —la desafía Ibrahim.

Donna reflexiona un momento. Ibrahim viste un buen traje, tiene una piel magnífica y huele muy bien. Lleva el pañuelo pulcramente doblado en el bolsillo del saco. Todavía le queda algo de pelo y no tiene papada ni barriga. Y sin embargo... Mmm... Donna se fija en las manos, siempre delatoras.

—¿Ochenta? —arriesga.

Ibrahim parece defraudado.

—Sí, has acertado, pero aparento menos. Unos setenta y cuatro, me dicen todos. Mi secreto es el pilates.

—¿Y cuál es su historia, Joyce? —pregunta Donna a la cuarta integrante del grupo, una mujer menuda de pelo blanco, con blusa color lavanda y suéter abotonado malva que sigue la conversación con ojos chispeantes, sin hablar.

Es como una avecilla silenciosa, atenta a cualquier objeto brillante que reluzca al sol.

—¿Mi historia? —repone Joyce—. No tengo ninguna. Fui enfermera, lo dejé para cuidar de mi hija y después volví a ser enfermera. Me temo que no tengo nada interesante que contar.

Elizabeth resopla.

—No te dejes engañar, agente De Freitas. Joyce es una persona con mucha capacidad ejecutiva.

—Sólo soy organizada —explica Joyce—. Ya sé que no está de moda ser como soy, pero si digo que voy a clase de zumba, voy a clase de zumba. Soy así. La persona

interesante de la familia es mi hija. Gestiona un fondo privado de inversión. Un fondo de cobertura. No sé si tú entenderás algo de esas cosas.

—No mucho —admite Donna.

—Yo tampoco —reconoce Joyce.

—La clase de zumba está antes que la de pilates —interviene Ibrahim—. No me gusta ir a las dos. Es desconcertante para los grandes grupos musculares.

Hay una pregunta que a Donna le ha estado dando vueltas en la cabeza desde que se sentaron a comer.

—¿Puedo preguntarles una cosa? Ya sé que ahora todos ustedes viven en Coopers Chase, pero ¿desde cuándo son amigos?

—¿Amigos? —Elizabeth parece divertida—. Oh, no. Nosotros no somos amigos.

Ron ríe entre dientes.

—¡Qué gracioso! No, corazón, no somos amigos. ¿Te sirvo más vino, Liz?

Elizabeth asiente y Ron le sirve un poco más. Van por la segunda botella y aún son las doce y cuarto.

Ibrahim les da la razón.

—No creo que «amigos» sea la palabra correcta. Normalmente no coincidiríamos, porque tenemos intereses muy diferentes. Supongo que Ron me cae bien, pero a veces es un poco difícil.

Ron asiente:

—Soy una persona difícil.

—Y Elizabeth tiene un carácter que intimida bastante.

—Así es —conviene Elizabeth—. Siempre me lo han dicho. Desde la escuela.

—Joyce es simpática. Creo que a todos nos cae bien Joyce —continúa Ibrahim.

Ron y Elizabeth asienten una vez más para expresar su acuerdo.

—Gracias —dice Joyce, mientras persigue unos chícharos por el plato con el tenedor—. ¿No creen que deberían inventar los chícharos planos?

Donna intenta aclararse.

—Entonces, si no son ustedes amigos, ¿qué son?

Donna observa que Joyce levanta la cabeza y contempla con expresión divertida a los demás, a la improbable pandilla que la rodea.

—En primer lugar —contesta Joyce—, claro que somos amigos, obviamente. A estos tres les cuesta darse cuenta de las cosas. Y en segundo lugar, si no estaba claro en la invitación, agente De Freitas, entonces la omisión ha sido mía. Somos el Club del Crimen de los Jueves.

Elizabeth ya tiene los ojos un poco vidriosos por el vino. Ron se rasca el tatuaje del West Ham que tiene en el cuello, mientras Ibrahim saca brillo a una mancuerna que ya está suficientemente brillante.

El restaurante empieza a llenarse a su alrededor. Donna no debe de ser la primera visitante en pensar que Coopers Chase no sería un mal sitio donde vivir. Daría cualquier cosa por poder beberse una copa de vino y tener la tarde libre.

—Además, hago natación todos los días —está diciendo Ibrahim—. Mantiene tersa la piel.

¿Qué sitio es éste?